

Sobre la cultura en el antropoceno

Por IGNACIO MARINAS

Muchos de los que nos criamos al arrullo de la terrible consigna fascista «cuando escucho la palabra cultura echo mano a la pistola», que después fue remachada por la «instrucción en orden cerrado» del sistema educativo del nacionalcatolicismo, hemos tenido una relación esquivada e inconfortable con el debate cultural y hemos tenido que aprender, ya de mayores, su significado. Este proceso de aprendizaje ha requerido analizar en profundidad el concepto de cultura (la RAE considera la *cultura* como: ‘conjunto de conocimientos adquiridos por una persona que permiten desarrollar el sentido crítico y el juicio; conjunto de modos de vida, conocimientos y grado de desarrollo de una colectividad o de una época’).

Las reflexiones siguientes no pretenden ser filosóficas, objetivas y neutrales; están cargadas de «intenciones de parte»: ayudar a que los cambios culturales en marcha tengan una dirección preferente hacia el progreso social. Describen los resultados de la búsqueda de mejores procesos para observar, explicar y comprender el mundo en este momento de cambio trepidante.

Por ello, el objetivo de estas reflexiones, pensadas para promover un debate cultural en el marco más general posible, es contribuir al análisis crítico de la cultura de nuestra época. Se trata de encontrar la forma en que los nuevos progresos del conocimiento del mundo allanan el camino hacia el progreso social; y surgen de un diálogo entre hechos reales, intuiciones y deseos para esclarecer los procesos evolutivos del conocimiento y su influencia en los cambios de las sociedades de lo que hoy se llama Occidente.

Tienen la forma imprecisa en la que han cristalizado mis entendederas. Aunque, a veces, son solo intui-

ciones o razones de un sonámbulo al borde del delirio, ordenadas de una forma razonada y razonable desde «la vigilia vigilante», para evitar que «el sueño de la razón produzca monstruos».

La cultura: urdimbre del tejido social

Solo desde la filosofía —el amor a la verdad— se adquiere una visión general del hecho cultural, esencial para la vida de los humanos.

Para los que no somos filósofos y nos cae grande la tarea de encontrar la verdad, el hablar de la «cultura» (como el conjunto en el que están todos los hechos culturales) supone una gran dificultad. Además, la expansión de lo global hace necesario comparar diferentes culturas, indagar los principios comunes entre ellas, poner de manifiesto las formas con las que operan en cada sociedad e, incluso, procurar un diálogo abierto entre ellas, lo que añade imprecisión, parcialidad e incertidumbre al pensamiento actual. Por ello nos aproximaremos a los cimientos que sustentan el debate cultural de forma tangencial, por aproximaciones sucesivas, y buscaremos los límites al que tiende el debate.

En el debate cultural de todas las sociedades se analiza la formación y desarrollo de cada sociedad y sus procesos de cambio. Parte de actualizar los conocimientos adquiridos con los nuevos esclarecimientos de la ciencia para formular los problemas de la mejor forma en que puedan ser resueltos, señala el futuro deseable como objetivo y propone la práctica social idónea para mejorar la calidad de vida en la sociedad. Para ello la cultura crea constantemente nuevos conceptos: para analizar los procesos del cambio social, aclarar los conflictos éticos, ayudar a la formación de la conciencia del yo, del nosotros y del ellos en cada territorio y, también,

elabora normas y crea instituciones que promuevan la cooperación social.

La cultura de cualquier sociedad asimila los nuevos conocimientos (progreso cultural), agudiza el sentido crítico y actualiza el juicio moral en la práctica social (define la ética social), escudriña la conveniencia y estima los peligros y los riesgos de las acciones de los hombres y propone la modificación de las prácticas sociales (los análisis de los procesos de cambio social), y trata de encaminar la dirección del progreso hacia la imagen de futuro deseable (crea y condiciona el futuro). Además, también se ha encomendado a la cultura elaborar los criterios para determinar y diseñar mejor los cambios que ordenan las prácticas y costumbres sociales (cultura cívica), ser el cincel que talla la imagen e identidad de las personas (cultura existencial), y elaborar las normas para el parque humano en cada sociedad (cultura política).

Constatamos que el debate sobre la cultura se produce siempre localizado en un territorio y referido a una sociedad con su particular proceso histórico, en el que los cambios se producen por unos hitos —que coinciden con esclarecimientos de lo que antes estaba oculto— en los que cambian los paradigmas. Los nuevos paradigmas marcan la evolución de los sentimientos sociales que, a su vez, impulsan el cambio social hacia una u otra dirección. La cultura de Occidente parece haber elegido la «búsqueda de la verdad» como eje principal del progreso que, mediante el esclarecimiento de la realidad del mundo, actúa sobre la cohesión del sujeto colectivo, modifica su conciencia y activa los sentimientos que mueven a la acción colectiva.

Por ello, el marco de estas reflexiones se limita y se refiere a la cultura de Occidente, con sus particulares paradigmas que han ido cambiando a través de los hi-

tos de su historia: prehistoria, asirios, egipcios, griegos, romanos, godos, cristianos, musulmanes, europeos, americanos, modernos y postmodernos.

Por todo ello se considera la cultura como un bien común que ha permitido a cada sociedad sobrevivir con éxito hasta el presente.

La cultura es la herramienta de cada sociedad para asegurar la supervivencia

Para asegurar la vida social la cultura tiene un compromiso con el conocimiento de la verdad, con el desarrollo de la calidad de vida de un territorio, con la imagen de futuro deseable y con el cultivo del saber hacer. La historia de la cultura resulta ser el proceso de conocer, enseñar y dar testimonio, de la evolución del mundo, mediante el mejor conocimiento y el debate sobre los éxitos y los fracasos personales y colectivos en la historia de cada territorio. Desde estas premisas, los debates culturales se basan en:

- Cada cultura es un proceso holístico que conjuga con dos verbos, *aprender* y *enseñar*, toda la realidad del mundo. No puede ser considerado por partes: es un hecho unitario en cada sociedad que solo admite su particularización por épocas o territorios (es como un huevo vivo y fertilizado que no puede ser troceado sin que deje de ser viable, y sin que deje de ser huevo, para ser tortilla).
- En su proceso de supervivencia las sociedades han creado un lenguaje y con él construyen conocimiento, toman conciencia de sus sentimientos y se ponen de acuerdo para hacer realidad un proyecto de civilización. Estos procesos históricos cristalizan en relatos y obras que definen su identidad. Crea un relato que recorre la senda de

las experiencias positivas y negativas en la historia, analiza los cambios sociales y hace explícitas las causas y los efectos de las experiencias pasadas, y presenta una imagen del futuro posible. Por ello, el testimonio que deja en el mundo cada civilización es su cultura.

- En la historia de la cultura se constata que ella se hace carne del mundo mediante procesos adaptativos de los antiguos saberes a las nuevas certezas en un proceso de evolución. El conocimiento de estos procesos de la evolución cultural de una sociedad es una de las áreas del conocimiento más debatidas (habría que intentar que la cultura moderna pueda funcionar de forma similar a la vida; por ello, para asegurar la supervivencia de la especie, deberíamos considerar los mecanismos de cohabitación entre los diversos seres vivos de los hábitats que hay en la cápsula mundo; las redes de la vida se hacen más resilientes mediante el conocimiento del medio, sus límites y sus cambios, la cooperación solidaria de la especie, el metabolismo de la materia y la energía, las infecciones, las plagas, las deserciones, la simbiosis, los injertos, las mutaciones, la metamorfosis y hasta el parasitismo; y de un modo análogo la cultura moderna, para estar viva, debería de indagar también como operan estos mecanismos en el mundo de los agentes culturales).
- La cultura es progresiva en relación con el tiempo y con el saber acumulado, aunque necesita siempre una adaptación territorial en el espacio (ya que las novedades culturales que vienen del exterior solo son efectivas cuando pasan por un proceso de regreso a los orígenes particulares de cada sociedad y se adaptan a la evolución de la cultura local).
- La cultura heredada siempre es una cultura impuesta por una práctica social a la que se le supone un compromiso con la verdad de cada época. La síntesis actualizada de este compromiso con la verdad define el progreso cultural. La evolución de la cultura se produce por un evento de esclarecimiento de partes de la realidad antes ocultas o menospreciadas que impulsa un cambio en los paradigmas de la filosofía, las ciencias, el lenguaje y las teorías del conocimiento.
- La cultura no es pasiva y nadie culto, salvo los místicos, se ampara en el conocimiento para sí; sino que es activa, pues induce cambios en las acciones de las personas y a la larga induce cambios sociales.
- La cultura es grande, pues camina siempre a hombros de gigantes. Es el mejor producto de la grandeza humana para superar dificultades personales y sociales. Implica un diálogo permanente entre los vivos, los muertos y los «por nacer» sobre las claves de la buena vida. Por ser grande, se puede convertir la cultura en una alo-madre que asegure la continuidad del mimo, del cuidado y de la solidaridad que son el fundamento de la esperanza en una vida mejor.
- Y es sensata, pues se funda sobre el conocimiento de la realidad y propone, desde la experiencia acumulada, acciones de cambio razonables.
- La cultura de la buena vida, hasta ahora, ha tenido siempre fuerza para burlarse del «realismo carencial» en el que parece que la catástrofe siempre va a tener razón. Y, porque hemos llegado vivos hasta hoy, la cultura es de espíritu optimista, aunque advierte continuamente de la realidad carencial del mundo. Solo con este espíritu optimista —entender el pasado como realidad mejorable y confiar en acertar a elegir los cambios para un futuro mejor, que no está aún determinado— puede haber un desarrollo social global justo y solidario.
- La cultura tiene una moral polivalente (a veces ambigua, otras beneficiosa y otras nefanda). Al ser un conocimiento para la acción, la cultura puede ser utilizada torticeramente para defender los intereses de parte y destruir progresos sociales de épocas pasadas (la imagen del «angelus novus» de Benjamin como representación del progreso: un ángel iluminador que vuela de espaldas al mundo y produce catástrofes por donde avanza). Este enfrentamiento entre intereses produce el debate entre progresistas y conservadores para determinar las opciones del cambio más adecuadas a cada tiempo y lugar, que se soporta sobre una disputa para confirmar o refutar las implicaciones de los nuevos conocimientos sobre la validez de los relatos heredados (lucha ideológica).

La cultura del Antropoceno¹

1. *Idealismo, materialismo, estructuralismo, posmoderno, alienación, casta, Antropoceno, modernidad* son palabras que cargan mucho peso cultural sobre las espaldas del lector, pero que, para el común de los mortales, no están muy claras o admiten lecturas diversas. Pasemos pues a precisar el significado que tienen en este texto:

Idealismo: parte del concepto de Platón: solo podemos conocer el mundo por las ideas que se reflejan en nuestra mente que la capacidad del pensamiento transforma en conocimiento (las explicaciones del mundo idealistas suponen una ideología = explicación lógica del mundo). Las teorías del conocimiento, la ciencia, la neurología, la epistemología y la lingüística lo desmienten y nos muestran que el mundo no es siempre lógico, sino que también es paradójico, contradictorio, confuso y ambiguo. No obstante, sobre el idealismo se ha creado la mejor herramienta para conocer la realidad física del mundo: las matemáticas; y son también idealistas las teorías sobre el ser aquí en el mundo, el alma, las religiones y la mayoría de las creaciones artísticas.

Materialismo: supone que conocemos la realidad mejor con métodos científicos que con especulaciones sobre el debate de las ideas; es empírico y científico. Ha permitido el progreso técnico prometeico (lo que Prometeo robó al cielo y regaló a los hombres fue el «saber hacer»).

Relativismo: parte de la consideración de que la observación de la realidad tiene un margen de error y que el proceso del conocimiento es acumulativo, por lo que las afirmaciones veraces de hoy pueden no serlo en el futuro; además, considera que a veces existe lo inesperado en los procesos de cambio. Por lo que intenta establecer conclusiones no universales sino relativas al tiempo y al lugar. Enlaza, en un símil imaginario, con la idea física de Epstein de que la energía es función de la materia que se mueve en el espacio y el tiempo

Estructuralismo: supone que en el mundo hay sistemas de estructuras vinculadas entre sí, que se pueden conocer mediante un conjunto de variables principales de comportamiento causal y que, por ello, el sistema resulta previsible en el futuro, mientras que se mantengan fijas las condiciones de contorno. Las nuevas teorías sobre el mundo como sistema complejo (en el que se dan fenómenos no previsible, de caos, de juegos o de fenómenos cuánticos) han puesto en evidencia los límites y lagunas del estructuralismo.

Alienación: falsa conciencia de la realidad del mundo que induce comportamientos contrarios a los intereses propios.

Postmodernismo: cuando Occidente planteó el final de la

En el Antropoceno hemos comprobado que la acción de los humanos pone en peligro la vida en el planeta Tierra. Las explosiones nucleares de 1945 pusieron en evidencia este hecho y marcaron el nacimiento de una nueva forma de observar, conocer y enseñar el mundo, que ya no puede ser principalmente idealista ni fruto del desarrollo del materialismo heredado.

El objetivo prioritario de esta NUEVA CULTURA es evitar las guerras mediante negociaciones y ordenar los procesos de cooperación. Para ello se han de elaborar nuevas normas para el parque humano de todo el planeta (el manual de uso de esta cápsula espacial llena de vida).

Las características particulares de la cultura en el tiempo global del Antropoceno son: la aceleración del proceso de conocimiento de lo global, las múltiples innovaciones científico-técnicas, el esclarecimiento de lo olvidado (hacer explícitos sucesos y motivaciones que antes estaban ocultos); además, las nuevas tecnologías han creado un espacio virtual propio: el metaverso. Todo ello ha originado un cambio cultural específico de esta era, en el que las ideas heredadas sobre la realidad del mundo y los intentos de ordenarlo según lógicas morales preestablecidas (las diversas ideologías heredadas) están sometidos, en función de los nuevos conocimientos, a procesos de revisión que causarán su renaturalización actualizada o su rechazo.

Historia con el triunfo global del capitalismo, surge esta corriente cultural individualista y optimista que contempla un horizonte de progreso sin límites para el obrar del hombre. Esta cultura re-naturaliza los valores del progreso solo cuando toman la forma de mercancías en el mercado global, cree en el dominio natural de los líderes, desprecia la cultura del colectivismo y asienta la realización vital de cada individuo en el máximo consumo de vivencias de lujo.

Cultura moderna: es una contraposición, actual, a la cultura postmoderna. Alude a las luchas por el progreso social y artístico que se produjeron a caballo entre el siglo XIX y XX. Supone: actualidad, racionalismo, orden, coherencia entre medios y fines, divulgación social de las novedades técnicas para resolver los problemas del momento.

Cultura del Antropoceno: tiene en consideración en primer lugar los riesgos del sistema de la vida en la Tierra por acción de los humanos y trata prever las variaciones del sistema mundo que puedan comprometer su supervivencia.

La cultura del Antropoceno es la herramienta que ha impulsado el mayor desarrollo en la historia de Occidente. Desde 1945 la actividad social más relevante es cultural: aprender, enseñar, comunicar, distraer, sorprender, esclarecer realidades y crear las obras que cultiva el ingenio humano (por su pasión por la cultura, la actividad social más relevante y productiva en los países de Occidente consiste en producir y consumir y conservar productos culturales). El producto de tal actividad produce progreso material y social, cultiva el espíritu y ayuda al crecimiento personal; pero genera también pensamientos y sentimientos mórbidos o tóxicos que ayudan a mantener el dominio de los fuertes sobre los débiles, inducen a guerras, soportan dictaduras, predicán la violencia contra los otros, tratan de asegurar la hegemonía de los grupos privilegiados y, también, pretenden alienar engañar y manipular a todos todo el tiempo.

En Occidente heredamos una tradición de confrontación entre el materialismo y el idealismo. El progreso cultural se relaciona directamente con las ideas de verdad, bien, belleza y coherencia del relato; desde estos sentimientos. El idealismo induce las normas de la vida social que protege el bien moral de las personas y de las sociedades, y considera que la ordenación del mundo debería seguir las ideologías heredadas. Por el contrario, el pensamiento materialista heredado considera que en el mundo imperan y dominarán los impulsos de dominio y explotación de unos grupos sociales sobre otros, y que los cambios sociales se mueven arrastrados por las motivaciones carenciales (acumular riqueza, disputar el poder, conservar el señorío o abolir la servidumbre, satisfacer las necesidades materiales, curar la enfermedad y paliar el sufrimiento, la impotencia, la miseria, la maldad, el pecado, el vicio y el terror a la muerte). Este debate cultural tiene su correlato en la política, como rivalidad continuada entre materialismo socialista e idealismo liberal que condujo a las guerras mundiales. Ambas olvidan los impulsos de innovación social que continuamente surgen de la creación individual y de la evolución de las conciencias; y comparten la visión insostenible de que la humanidad goza del derecho de conquista para expropiar todos los recursos de la Tierra.

Los debates culturales en Occidente ofrecen una imagen caleidoscópica del mundo (visiones nítidas parciales y aristas bruscas con cambio de color), por eso las evaluaciones de la realidad dependen del foco

y del color del cristal con que se mire. La lucha por la hegemonía del discurso político en cada sociedad combina las praxis de los movimientos sociales con las luchas culturales; y así, elabora un relato que induce una identidad que siente la historia propia de cada sociedad como realización de un sujeto colectivo con carácter, voluntad y destino. Y el panorama que percibimos todos, al contemplar el debate de las nuevas ideas, es un gran BARULLO, en el que permanentemente se usa la cultura como método de engaño y manipulación de conciencias y de sociedades. Por ello, uno de los principales desafíos de la cultura moderna progresista es descubrir los engaños, desbaratar las manipulaciones culturales sobre las que se establece cualquier poder (descubrir y refutar las manipulaciones de la cultura conservadora y de la progresista heredada) para, desde el análisis crítico de la lucha cultural, elaborar propuestas que favorezcan el progreso social².

Sloterdijh (*Esféras III. Burbujas*) plantea una aproximación filosófica, no idealista, a cómo se produce la praxis cultural en el Antropoceno. Señala que las formas físicas, en las que se representa en el pensamiento ideal la forma del mundo, determinan la forma y los límites del pensamiento general de las sociedades. Y concluye que la cultura de época está condicionada por la herencia y por los límites que la imagen del mundo al uso imponen a la percepción de la realidad misma³. La

2. Hasta ahora los mejores resultados operativos (para el conocimiento de las praxis culturales individuales y sociales que permitan prever el comportamiento futuro) se han conseguido mediante la combinación de métodos empíricos con lo que se ha llamado psicología social. Este método de análisis del cambio cultural se explota con éxito en la publicidad y en las empresas de estudios de opinión y prospección electoral. Las prospectivas más exitosas se logran mediante una combinación de análisis empíricos de diversos datos, combinadas con reuniones de grupos bien seleccionados para incorporar las diversas sensibilidades, que indagan los «los por qué y el cómo» se forma el sentido común dominante (Jesús Ibáñez y Alfonso Ortí practicaron con éxito esta técnica).

3. Un problema muy actual: «La cohesión de nuestras sociedades podría estar amenazada por un proceso de fragmentación cultural y por la aparición de identidades culturales y étnicas capaces de acabar con la identidad nacional» (Marco Martinielli, *Salir de los guetos culturales*, Barcelona: Edicions Bellaterra, 1998, pág. 13). Georg Simmel tenía una idea muy clara:

dirección del progreso se produce mediante los procesos de esclarecimiento de lo antes oculto y su renaturalización —lo aceptamos como realidad en la naturaleza del mundo— en forma de nuevos paradigmas culturales⁴. Cuando una idea alcanza la hegemonía se produce un hecho curioso: hay un contagio masivo y expansivo del nuevo concepto que se manifiesta, a modo de histeria colectiva, en un cambio generalizado de los comportamientos individuales y de la sociedad (el ejemplo del feminismo). Por ello propone que la imagen del mundo en el Antropoceno es la de una pequeña cápsula espacial llena de espuma que se mueve en un universo en expansión; cada burbuja de la espuma cobija un hábitat de vida y se comunican por redes. Esa cápsula protegida por su atmósfera tiene una peculiaridad

«Cada época de la cultura gira alrededor de un tema central» (*Philosophie de la modernité*, París: Payot, 1990). «En toda gran época de la cultura bien caracterizada se puede percibir un concepto central del que proceden todos los movimientos del espíritu y al que parecen volver al mismo tiempo...»

4. Sloterdijk (*Esféras I, II, III*). Caracteriza las diferentes épocas culturales de Occidente en función de la idea que cada sociedad tiene de la forma del mundo: *esfera, globo y burbuja*.

- Tierra plana cobijada en las tres esferas celestes y una sociedad organizada por la acción de los dioses, héroes, mitos y tradiciones: la esfera conforma, limita y da coherencia a las ideas en el mundo clásico.

- El mundo desde Roma se ordena por señoríos territoriales que se agrupan en imperios religiosos, con fronteras seguras y escasa comunicación con el exterior: esta idea domina la cultura de Occidente desde la Edad Media hasta 1942.

- En la era moderna 1492-1945 la idea predominante es la de los Estados nacionales —GLOBOS— de fronteras flexibles que se expanden y tienden hacia la forma anterior de imperios.

- En la era del Antropoceno, a partir de 1945. La mejor imagen del mundo actual es la de una cápsula espacial que viaja por el universo en expansión; en la única capsula mundo las sociedades se organizan sobre la base de BURBUJAS en las que los humanos habitan espacios de vivencias de comunicación y de confort (burbujas minúsculas, a veces unipersonales, que cobijan espacios de seguridad y confort para poder tener una «habitación propia», con corazas lábiles permeables al exterior y conectadas por redes de información y de vida con la naturaleza y con el metaverso). Sugiere, también, que la praxis cultural de las personas en el Antropoceno no se forma por las ideas, sino por las vivencias, que están ligadas de forma biyectiva con su lugar en el mundo.

esencial: está llena de vida. Y todos los elementos vivos, desde los protozoos a las selvas, los océanos y los ríos, están conectados por redes en las que los elementos más importantes y necesarios no son los más altos, fuertes o vivos, sino los que mejor se adaptan a los cambios para hacer más fuerte y resiliente la red de vida en su conjunto. Es decir, que todas las especies vivas y sus agrupaciones acumulan conocimiento útil para la supervivencia y que, por consiguiente, el conocimiento operativo para la supervivencia no es exclusivo de la especie humana (por ello, hemos de proteger la máxima diversidad posible de todos los vivos).

Es sensato suponer que las claves de la supervivencia humana serán similares a las que fortalecen las redes de vida en la naturaleza. Por ello la cultura moderna ha de cambiar el concepto heredado de unidad cultural, que se identifica con compartir identidad, por una «nueva palabra que designe nuestra identidad cultural» por la diversidad aunada en el esfuerzo de hacer viables las redes de vida.

De todo ello resulta que la cultura moderna no puede ser tan idealista como en el pasado, ni materialista y carencial, ni llegará a tener una versión universal única, ni puede ser creada por algoritmos que no dependan del hábitat, de la cultura, de los sentimientos y de la historia de cada territorio, sino que siempre está ligada a la historia de una sociedad concreta.

Por ello la globalización llega a las distintas sociedades de forma diferente y con diferentes ritmos y, por eso, tendremos diferentes versiones de una cultura globalizada tanto en lo global como en cada territorio (como ya se está apreciando en la cultura de los grupos nacionales que viven fuera de su país en un mundo ya global).

La historia muestra que en Occidente ha habido siempre un debate cultural entre conservadores y progresistas para dilucidar cuáles eran las mejores propuestas para orientar el progreso. La cultura conservadora está dominada por la necesidad de asegurar los avances sociales ya conseguidos y desconfía del futuro; y en su concepción de la dinámica del cambio del mundo dominan los impulsos morales y las motivaciones carenciales. La cultura progresista impulsa propuestas de acción para dirigir los cambios sociales hacia el «arreglo del mundo por el progreso» (imagina un futuro deseable que supere las contradicciones del presente); pero no tienen en cuenta que muchas veces los cambios propuestos se justifican solo en su ideología y a veces no son deseables ni factibles.

Pese a este lío cultural (barullo), observamos que cada persona y cada sociedad elaboran una praxis cultural para interpretar el mundo, para hacer sus estrategias de vida o de gobierno y, además, las plasma en una práctica, ya que no le queda otra opción para seguir el empuje de la vida. Es decir, el complejo análisis hegeliano —de confrontación de tesis con antítesis, de la que surge la difícil síntesis— o el complejo análisis estructuralista —sobre la base de que, conociendo el comportamiento de las variables principales de un fenómeno social, se puede predecir, con los oportunos algoritmos, su comportamiento en futuro— lo hacen los individuos y las sociedades cada día de forma casi automática aplicando su cultura (rememorar, comprender y utilizar los momentos de mayor grandeza de su tradición es lo que ha permitido a los humanos hacer una vida digna aún en la adversidad: seguir las normas de la cultura heredada sobre la supervivencia y aplicar el mecanismo «tira pa'lante río abajo» de la manera más garbosa y popular para formar y ejecutar planes colectivos en un proyecto de futuro deseable para cada territorio).

El nuevo conocimiento se manifestará en una praxis pragmática, idealista, materialista, individual y colectiva; y surgirá del conflicto permanente entre lo viejo y lo «por-nacer». Será el debate cultural el que establezca la imagen del progreso social, el que hará que cambie el comportamiento de cada persona y modificará las instituciones. Por ello, la lucha cultural se concentra en una batalla por la coherencia del relato que enlace conocimientos, intuiciones, caracteres y sentimientos en el discurso.

La aguda sutileza del pensamiento humano, que crea la cultura salvadora en las crisis o épocas de cambio, no solo considera la organización política y la satisfacción justa de las necesidades; se basa también en el impulso hacia arriba de los humanos. Las innovaciones culturales salvíficas son producto de la necesidad y de las luchas sociales; y, también, del exceso vital, de la libre deriva en el interior de cada persona, de establecer una estrategia propia para atraer la atención social, de preservar el lujo de la intimidad, de intentar

mantener los privilegios infantiles de mimo y cuidado, de las fases de vigilia creativa, de las descargas orgánicas por el acopio de estímulos y de imaginar un futuro deseable. Se apoya en la búsqueda de la verdad por la ampliación del conocimiento; y se sirve, en la lucha por la supervivencia, de la prevalencia del ardid y la astucia frente al trabajo pesado y para huir o resistir en las circunstancias adversas. Estos impulsos de la grandeza humana han sido los mejores inspiradores de la GRAN CULTURA que nos muestra cómo funciona el mundo de la vida en procesos continuos de renovación.

En la era del Antropoceno la gran cultura ha de considerar, siempre, como primer referente a la naturaleza llena de vida, de la que los humanos formamos parte.

Solo la gran cultura global en construcción fundamenta la esperanza de superar las crisis actuales y avanzar hacia ¡UN MEJOR MUNDO POSIBLE!

